

104. Esposo y esposa

Todos sabemos por la Historia moderna quién fue Bismark: aquel gran hombre de Estado alemán, llamado el “Canciller de Hierro”, y vencedor de la guerra franco-prusiana. Siempre metido en los asuntos del Gobierno, hubo de hacer viajes al extranjero, a veces bastante prolongados, y su esposa se sentía a veces inquieta, celosa e incluso frustrada.

Se hallaba Bismark en Rusia y recibe una carta de la esposa, preocupada siempre por aquella situación que no le gustaba. Pero Bismark le contesta con otra carta, célebre sólo por una frase, que tanto ha hecho pensar y escribir:

- *Yo me casé para amarte.*

Estas palabras son de oro molido. Si hubiese dicho: “Yo me casé porque te amaba”, hubiera estado bien, pero no habría tenido la profundidad de la otra: “¡Para amarte!”... Todos se casan porque aman; pero el amor muchas veces se enfría, se apaga, y hasta se extingue del todo. Mientras que si quien se casa lo hace “para amar”, ese amor está asegurado siempre, porque es el objetivo único que se persigue.

Resulta interesante también el hecho por haber salido estas palabras no de la pluma de un romántico soñador, sino de un hombre tan imponente como aquel canciller alemán, aparentemente frío, dictador, exigente, militar duro, y, ya lo vemos, tierno y enamorado como un muchacho.

Hablando ahora en cristiano, modernamente —y en concreto, a partir del Concilio— hemos cambiado de lenguaje en la Iglesia.

Antes se solía hablar del matrimonio como de un contrato, como de un pacto, como de un acto legal, sujeto siempre a normas jurídicas, de derecho, porque era una “sociedad conyugal”...

Hoy, no. Hoy miramos el matrimonio como una alianza, como un don, como una entrega, como una donación, como una comunidad de amor.

Los esposos, por lo mismo, no se dicen: ¿Cuánto puedo sacar yo? ¿Cuánto puedo recibir? ¿Cuánto se me debe dar?... Sino que se dicen: ¿Cuánto voy a dar yo? ¿Cuánto me voy a entregar? ¿Cuánto voy a amar?...

Al pensar y al hablar así, se expresa mil veces mejor lo que es el matrimonio y el fin que persigue. Los esposos se hacen suyo, de manera inequívoca, ese misterioso y formidable “Para amarte”, que, aparte de encantador, resulta también genial.

Cuando así es y así se vive la alianza conyugal, la actitud de los esposos resulta idílica por demás a lo largo de toda la vida.

Es famoso el ejemplo de aquel negro de Estados Unidos, el jefe de hotel más celebrado desde el Atlántico hasta el Pacífico. Formó una escuela de camareros que derrochaban una cortesía exquisita con los clientes. Su hija Laura, la escritora de talento excepcional, lo narraba después:

- *¿Mi padre, aquel negro?... Su dignidad y cortesía no eran máscaras que se pusiera y quitara cuando desempeñaba su oficio. Eran parte de su ser. Nunca vi en casa que se sentase a la mesa sin colocar antes a mi madre, su querida esposa. A mí me inculcó o lo mismo: Es deber tuyo acompañar y colocar a tu madre al sentarse a la mesa, haciendo mis veces cuando yo no estoy en casa.*

Una actitud como ésta no se improvisa. Nace de dentro, del corazón que ama, del espíritu que sabe que se han dado uno y otra solamente para amarse.

Fue el caso también de la “Madre de América”, la grande y santa Reina Isabel. Tan penetrada con Don Fernando su esposo, que era bien conocido en la corte y entre el ejército, para que todos fueran con cuidado, el aviso de aquel caballero: *-Sepan que el Privado del Rey es la Reina, y el Privado de la Reina es el Rey.* Como diciendo: ¡Cuidado con meterse nadie entre los dos!... Porque así eran los Reyes Católicos.

Y no eran palabras huera, pues cuando murió Isabel, Fernando escribía:

- Muy cara y muy amada mujer, cuyo fallecimiento sólo Dios sabe cuánto lastimó mi corazón. Dotada de tantas y tan singulares excelencias, que me obligaba a quererla y amarla sobre todas las cosas de este mundo.

Al desarrollarse así la vida de los esposos no puede surgir nada que pueda quebrar la unión. Se realiza entonces lo que se ha dicho modernamente tantas veces con frase muy acertada: como el amor no es el mirarse uno al otro, sino el mirar los dos en una misma dirección, nunca puede haber choque, porque nunca hay enfrentamiento, sino que todo es un ir los dos hacia el mismo objetivo, como los dos rieles del tren, incapaces de separarse hasta llegar a la estación terminal, que es la muerte, que es la Gloria...

Es bonito lo que se cuenta de aquella mujer persa, en los tiempos del rey Ciro. Un banquete de gala, con aquel derroche de lujo oriental. El rey Ciro deslumbraba, desde luego, ataviado con tanto oro y pedrería preciosa. Acabada la fiesta, le pregunta el marido a la mujer: *-¿No se te iban los ojos detrás del Rey?*

Y ella, muy sensata y enamorada: *-Si no aparté ni un momento de ti los ojos, mi amor, ¿cómo iba a mirar al rey Ciro? Donde tú estás, no hay para mí ni príncipe ni monarca digno de ser visto.*

Y quien así discurría y hablaba era una mujer pagana... ¿Qué hubiera dicho de haber conocido el misterio cristiano sobre el matrimonio?...

La Biblia, como Palabra de Dios, nos da la norma suprema de la actitud cristiana de los esposos: *-Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia y se entregó por ella (Efesios 5,25), de modo, comenta el Papa León XIII, que tanto el marido como la mujer, al representar el uno a Cristo y la otra a la Iglesia, el amor divino se convierte en el regulador de todas sus actuaciones.*

Los dos se casaron para amarse, y, al vivir amándose, hacen que el matrimonio alcance el más alto grado de unión que puede darse entre el hombre y la mujer, unión tan sublime y divina como la de Jesucristo con su Iglesia. ¡No digamos que no es grande la vocación del matrimonio cristiano!...